

INICIATIVA SOBRE LA
DESIGUALDAD DE LA TIERRA

ESTUDIO DE CASO

LA AGRICULTURA BIMODAL EN EL SECTOR SOYERO

DESENTRAÑANDO LA
COEXISTENCIA ENTRE PEQUEÑOS
Y GRANDES PRODUCTORES
EN EL ORIENTE DE BOLIVIA

GONZALO COLQUE Y MARTHA IRENE MAMANI

INTERNATIONAL
LAND
COALITION

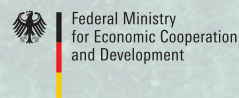
UNITED
FOR LAND
RIGHTS



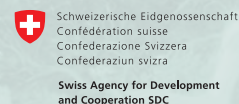
LA AGRICULTURA BIMODAL EN EL SECTOR SOYERO

DESENTRAÑANDO LA COEXISTENCIA ENTRE PEQUEÑOS Y GRANDES PRODUCTORES EN EL ORIENTE DE BOLIVIA

SOCIOS ESTRATÉGICOS Y DONANTES PRINCIPALES



Government of the Netherlands



ISBN: 978-92-95105-61-4

GONZALO COLQUE Y MARTHA IRENE MAMANI



El contenido de este trabajo se puede reproducir, traducir y distribuir libremente. Este trabajo no se puede utilizar con fines comerciales. Para obtener más información, comuníquese con info@landcoalition.org o consulte: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0>

Las opiniones expresadas en esta publicación son las de sus autores y los entrevistados para este informe. No se corresponden necesariamente con las posiciones oficiales de la ILC o el grupo de referencia de la Iniciativa. Publicación: noviembre de 2020. *Traducción:* Mariana Cristellys. *Edición:* David Wilson. *Diseño gráfico:* Federico Pinci.

ÍNDICE

LISTA DE ABREVIACIONES	6
RESUMEN EJECUTIVO	7
INTRODUCCIÓN	9
MARCO ANALÍTICO DE LA AGRICULTURA BIMODAL EN BOLIVIA	11
Un breve repaso histórico	11
La soya como punto de inflexión	12
Marco conceptual	14
ESTUDIO DE CASO: LA COEXISTENCIA DE PEQUEÑOS Y GRANDES AGRICULTORES SOYEROS EN EL MUNICIPIO DE CUATRO CAÑADAS	17
Caracterización del municipio de Cuatro Cañadas	17
Tenencia desigual de la tierra	18
Dinámicas de integración vertical	20
Agricultura por contrato	23
Dependencia creciente de insumos externos	24
Exclusión e inclusión de la mujer en el sector sojero	26
BALANCE GENERAL E INTERPRETACIONES	29
CONCLUSIONES	33
REFERENCIAS	34

LISTA DE ABREVIACIONES

Acipac	Asociación Comunitaria Integral de Productores Agropecuarios de Cuatro Cañadas
Anapo	Asociación de Productores de Oleaginosas y Trigo
Appao	Asociación de Pequeños Productores del Oriente
Cainco	Cámara de Industria y Comercio de Santa Cruz
CAO	Cámara Agropecuaria del Oriente
Cappo	Cámara Agropecuaria de Pequeños Productores del Oriente
Compañías ABCD	ADM, Bunge, Cargill y Louis Dreyfus
Confeagro	Confederación Agropecuaria Nacional
FAO	Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura
Fundación TIERRA	Fundación Taller de Iniciativas en Estudios Rurales y Reforma Agraria
GM	Genéticamente modificado
ha	Hectárea
IBCE	Instituto Boliviano de Comercio Exterior
ILC	International Land Coalition
INC	Instituto Nacional de Colonización
INE	Instituto Nacional de Estadística
INRA	Instituto Nacional de Reforma Agraria
PDM	Plan de Desarrollo Municipal

RESUMEN EJECUTIVO

En Bolivia, la agricultura bimodal surgió con fuerza como consecuencia del boom de la soya, que comenzó en la década de 1980. A diferencia de la coexistencia de dos modos de producción abolidos por la Reforma Agraria de 1953, la hacendal y la campesina, la agricultura soyera dinamizó nuevas -y cada vez más desiguales- relaciones entre los pequeños productores familiares, establecidos en las zonas de asentamiento del departamento de Santa Cruz, y los medianos y grandes productores empresariales que, en la misma región, concentran las mejores tierras de uso agrícola.

El objetivo del presente estudio es analizar con mayor profundidad la agudización de las relaciones desiguales entre los pequeños y grandes productores del sector sojero de Bolivia. Con este fin, las preguntas de investigación planteadas son las siguientes: ¿cuáles son los alcances y la naturaleza del surgimiento de una estructura agrícola bimodal?, ¿cuáles son los mecanismos de participación, inclusión y exclusión? y, por último, ¿es posible la convivencia de estas dos formas de agricultura bajo condiciones más igualitarias?

Estos temas se abordan a partir de un estudio de caso centrado en el municipio de Cuatro Cañadas, un territorio emplazado en el corazón del área de expansión del complejo sojero. Esta es una zona de asentamiento de campesinos andinos que transitaron de la agricultura familiar diversificada a la producción comercial del grano en cuestión; de esta manera, sustituyeron un modo de vida pobremente conectado con el mercado por una cotidianidad dependiente de los mercados globales. Forman parte de un sistema de producción dominado por grandes productores que trabajan con capitales operativos vinculados con el agronegocio global.



© ILC/Michael Benavav

1 INTRODUCCIÓN

Los pequeños productores no tenemos mejores opciones para elevar el precio de la soya; en cambio, los grandes agricultores acopian, tienen tierras en grandes volúmenes y otras ventajas. Estas situaciones nos desmoralizan, los pequeños dejamos de sembrar y nos inclinamos a alquilar nuestras tierras.

Andrés Z., pequeño productor de soya en Cuatro Cañadas,
6 de mayo de 2020

Al observar los patrones de distribución de la tierra en cada uno de los diversos países de América Latina, Bolivia destaca como un ejemplo de agricultura bimodal. Históricamente, ha sido y sigue siendo una sociedad dual, con amplia presencia de poblaciones indígenas, pero trastocadas por la Colonia española. La tenencia de la tierra también ha sido dual en la parte andina: por un lado, existieron haciendas semif feudales fundadas sobre tierras comunales expropiadas en 1570 (Hernaiz y Ayo, 2001); por otro, persistían comunidades de agricultores andinos, más tarde conocidas como comunidades originarias. Esta dualidad perduró hasta la Reforma Agraria de 1953 y, en los años recientes, la dualidad se reprodujo a nivel nacional con la emergencia de la agricultura a gran escala en el oriente boliviano. Mientras en la parte andina la agricultura campesina se despliega sobre pequeñas parcelas de tierra -a menudo menores a una hectárea-, la agricultura comercial del oriente se caracteriza por monocultivos de cientos y miles de hectáreas.

Sin embargo, la agricultura del oriente no es homogénea: también las medianas y grandes propiedades coexisten con pequeños productores. El origen principal de los pequeños productores está en los asentamientos humanos promovidos por la Reforma Agraria de 1953 mediante el traslado dirigido de campesinos pobres de las regiones andinas a núcleos de colonización campesina (Colque, 2014). Los grandes y pequeños productores coexistieron sin interrelaciones socioeconómicas por un tiempo, hasta que el auge de los cultivos de soya en los años noventa convirtió a todos en sojeros dependientes unos de otros. Por esta razón, esta agricultura regional es bimodal dentro de una Bolivia dual.

En este contexto, el presente estudio tiene como objetivo profundizar en el conocimiento sobre la agudización de las relaciones desiguales entre los pequeños y grandes productores en el sector sojero de Bolivia. El análisis actualiza la comprensión de este fenómeno a la luz de los recientes cambios sociopolíticos y de la implementación de nuevas políticas agrarias, como la masificación del uso de semillas genéticamente modificadas (GM), la liberación de las exportaciones y la consolidación de la tenencia desigual de la tierra. Interesa analizar las tendencias de la coexistencia y explorar la posibilidad -y bajo qué condiciones- de implementar una agricultura sojera sin excluir ni marginar a los pequeños productores.

El estudio privilegia la situación de las mujeres que forman parte del grupo de interés. Un primer aspecto que se explora es que las mujeres no estarían empoderadas económicamente con el auge sojero, debido a la reproducción del esquema patriarcal en el control de las rentas: ellas serían un grupo social excluido de la toma de decisiones y de los procesos de producción. Las escasas investigaciones existentes (McKay, 2018) evidencian que estas mujeres no participan de los procesos estratégicos, como los acuerdos y contratos agrícolas, compras de paquetes tecnológicos, o trabajo con maquinaria pesada.

La investigación responde a las siguientes preguntas:

¿cuáles son los alcances y la naturaleza del surgimiento de una estructura agrícola bimodal?, ¿cuáles son los mecanismos de participación, inclusión y exclusión? y, por último, ¿es posible la convivencia de estas dos formas de agricultura bajo condiciones más igualitarias?

El estudio de caso se centra en la zona de expansión del complejo sojero de Bolivia, específicamente en el municipio de Cuatro Cañadas. La información cuantitativa del municipio se combina con información cualitativa recogida en dos comunidades: Naciones Unidas y Nuevo Palmar. Este municipio se encuentra en el epicentro de la producción sojera actual; al ser un caso emblemático, lo consideramos idóneo para ilustrar y entender la agricultura bimodal y las dinámicas de transformación impulsadas por la agricultura comercial propia del boom de la exportación de commodities agrícolas con múltiples usos: consumo animal, alimentación humana y energía.

La metodología de investigación de base es el estudio de caso, sin perder de vista las relaciones con el contexto macrosocial, como los procesos políticos y económicos nacionales. Se utilizó el método combinado de análisis, lo que permite trabajar, por un lado, con valoraciones generales del contexto nacional, regional y municipal que guiaron la recolección y análisis de la información; por otro lado, con fuentes cuantitativas y cualitativas secundarias y primarias. Dado el contexto de la emergencia sanitaria a causa del COVID-19, la mayor parte de la recolección de información primaria se hizo mediante entrevistas semiestructuradas por teléfono a informantes clave de las comunidades sojeras de Naciones Unidas y Nuevo Palmar, y mediante varias comunicaciones informales con líderes y enlaces locales del municipio de Cuatro Cañadas.¹ Como fuentes secundarias, se utilizó una amplia colección de estudios especializados, materiales de prensa e investigaciones publicadas.

¹ Con el objetivo de resguardar la identidad de las personas que nos proporcionaron información clave, las citamos en esta investigación con seudónimos.

2 MARCO ANALÍTICO DE LA AGRICULTURA BIMODAL EN BOLIVIA

Un breve repaso histórico

En estudios agrarios, la preocupación por las brechas entre pequeños y grandes agricultores tomó fuerza en los últimos diez años con la emergencia de un fenómeno global llamado acaparamiento de tierras o 'land grabbing', en inglés (Borras et al., 2012; McKay, 2018). Organismos internacionales como la FAO; iniciativas, como Land Matrix, International Land Coalition (ILC) y Agter; y académicos de múltiples universidades² se interesaron en documentar, entender y recomendar políticas para atenuar los impactos negativos que dicho acaparamiento podría provocar en los ámbitos social y ambiental. También volvió al debate la posible exacerbación de las relaciones desiguales entre países ricos interesados en recursos naturales y países pobres con potencial para acelerar la extracción de materias primas (Oxfam, 2018).

En Bolivia, el acaparamiento tiene una larga trayectoria, y forma parte de los planes y proyectos de integración del oriente a la vida nacional mediante políticas concretas de colonización y fomento de una agricultura capitalista para la explotación de los recursos naturales.

Entre estas, el Plan Bohan³ es el más conocido. El Gobierno no solo implementó acciones de planificación -como la geolocalización de posibles asentamientos en las zonas limítrofes o mapeo de zonas de frontera-, sino que, además, promovió la migración asistida o planeada de la población andina. El ambicioso objetivo del plan, comúnmente denominado La Marcha hacia el Oriente, era reducir la presión demográfica sobre la tierra en la zona del occidente o zona andina, además de impulsar el desarrollo de un nuevo polo de crecimiento económico a través de la actividad agropecuaria de tipo industrial. De esta manera, se esperaba romper el carácter monoprodutor de la economía boliviana, basada casi exclusivamente en la explotación de minerales (Urioste y Pacheco, 2001; Romero, 2003).

² Entre estos, destacan el Instituto Internacional de Asuntos Sociales (ISS), La Haya; la Universidad Agrícola de China, Beijing; la Universidad Agrícola de Nanjing, China; y la Facultad de Estudios Orientales y Africanos (SOAS), Londres.

³ Se trata del mayor programa de desarrollo planeado, implementado y financiado por Estados Unidos para la expansión y diversificación de la economía nacional de Bolivia. Véase Urioste y Pacheco (2001).

Para organizar los asentamientos campesinos en el oriente, el Gobierno nacional creó el Instituto Nacional de Colonización (INC), entidad encargada de dirigir los procesos migratorios de la población andina. Durante las décadas de 1960 y 1970, se produjo el auge de la colonización campesina. En la zona de expansión y en la zona de colonización del departamento de Santa Cruz se desarrollaron dos proyectos importantes con este objetivo (Thiele, 1995).

Según investigadores pioneros en el tema, la colonización “espontánea” fue decisiva, más que los programas “dirigidos”, para la mayoría de los andinos. La cifra de los migrantes aumentó paulatinamente gracias a la agricultura intensiva que empezaron a practicar en las zonas de asentamiento. En el período previo a que se introdujera la producción comercial de soya, los colonizadores no tenían la presión de ser desplazados por los grandes productores que tienen ahora y, además, estaban organizados y cohesionados bajo formas de acción colectiva y toma de decisiones similares a las de sus comunidades de origen (Thiele, 1995; Fifer, 1982).

De manera simultánea a la colonización campesina, irrumpieron otros tipos de ocupación de tierras en la reciente frontera agrícola. Una amplia gama de sectores ingresó con fuerza: medianos y grandes ganaderos, propietarios latifundistas de tierras, inmigrantes japoneses, colonias menonitas y colonizadores campesinos a pequeña escala. Las pródigas oportunidades de acceso a la tierra atrajeron a nuevos inmigrantes extranjeros, algunos de ellos conectados con el capital y con el conocimiento de agricultores empresariales de Brasil y Argentina. Así, comenzó a gestarse la consolidación de grandes propiedades orientadas al mercado con capacidad de acaparar las mejores tierras productivas en pocas manos.

La soya como punto de inflexión

A inicios de la década de 1990, irrumpieron los cultivos de soya. Este es un fenómeno agrícola que nace por el influjo del modelo brasileño y argentino, los dos países limítrofes con la región boliviana de Santa Cruz. La introducción de soya genéticamente modificada aceleró el empleo de nuevas tierras hasta entonces consideradas propiedades latifundistas sin producción.

En solo quince años (1985-2000), la superficie cultivada con soya aumentó de 50,000 ha a 500,000 ha (Anapo, 2015).

Este precipitado incremento aceleró la expansión de la frontera agrícola en un período de tiempo relativamente corto.

Se les considera a los colonizadores menonitas y japoneses como los pioneros en la introducción de la soya, luego de haber experimentado por varios años en pequeñas parcelas de tierra (Medeiros, 2008). Las oportunidades comerciales comenzaron en 1985, en tiempos de liberalización de la economía nacional.

El proyecto Tierras Bajas del Este, del Banco Mundial en 1991, desempeñó un papel estratégico para expandir la producción sojera sobre tierras anteriormente cubiertas por bosques, y consideradas de propiedad estatal o tierras fiscales. En poco tiempo, se introdujeron maquinarias a gran escala, técnicas de monocultivo e insumos agrícolas importados. La asistencia técnica y financiera proporcionada por diferentes organismos internacionales sirvió para clasificar el uso de la tierra -tierras de cultivo, pastoreo, combinados, etcétera- y la aparición de diversos tipos de productores -pequeños, medianos y grandes-.

Según varios estudios, la primera década del siglo XXI puede considerarse como de consolidación. Urioste (2011) concluye que, en Santa Cruz, entre 1990 y 2007, la superficie cultivada creció de 413,320 ha a 1'821,631 ha; esto significa más de 4.4 veces. De este total, alrededor de un millón ha sido destinado a la producción de oleaginosas, principalmente soya. En 2005, el Gobierno aprobó la semilla transgénica de soya RR, con lo que se consolidó el modelo de producción de commodities agrícolas para la exportación. Mientras los medianos y grandes propietarios de tierras expandían su tamaño por medio de la apropiación, la compra de tierras y el acaparamiento (Colque, 2014; McKay y Colque, 2016), el agrocapital transnacional comenzó a controlar el procesamiento, el mercado de insumos agroquímicos, semillas y silos, y los mercados de exportación.

El predominio de cultivos transgénicos promovió la transición de la agricultura diversificada de las colonias campesinas hacia el modelo de pequeños productores sojeros.

Las pequeñas explotaciones de los colonizadores andinos fueron transformándose, de forma progresiva, en tierras de producción sojera: sustituyeron los cultivos de subsistencia, como arroz, maíz, raíces y tubérculos, por soya, debido a los mejores precios y mayor acceso a los nuevos mercados.

Las zonas de colonización de Cuatro Cañadas, Pailón y San Julián mutaron en zonas de producción sojera. En las décadas de los años sesenta y setenta, cada familia de colonizadores andinos recibió del Estado un promedio de 50 ha de tierra como propiedad familiar. Prácticamente toda esta tierra estaba cubierta de vegetación boscosa y los recién llegados habilitaron solamente pequeñas parcelas para la producción de autoconsumo y, marginalmente, para el mercado. Las colonias permanecieron así hasta la década de los ochenta, época en la que la soya impulsa cambios trascendentales: el desmonte de las tierras de los colonizadores y la introducción de monocultivos de la mano de capitales transnacionales, la agroindustria cruceña, y los inversores en la cadena de producción, acopio, procesamiento y comercialización. Según una de las últimas investigaciones (McKay, 2018), el 78 % de los productores de soya en Santa Cruz son de pequeña escala, pero, en conjunto, solo controlan el 9 % de la tierra cultivada con este grano oleaginoso. Por su lado, los grandes productores -aquellos que poseen más de 1,000 ha por unidad- representan solo el 2 %, pero dominan el 70 % de la tierra.

Marco conceptual

El despojo, la concentración de la tierra y la agricultura bimodal no son temas nuevos en el campo de los estudios agrarios; sin embargo, gozan de una renovada presencia tanto en los hechos como entre los estudiosos (Wegerif y Anseeuw, 2020). Esto se debe a los recientes cambios agroambientales que están generando las nuevas formas de penetración del capital en territorios y países periféricos (Bernstein, 2017; Guereña y Wegerif, 2019). El impulso del complejo sojero agroindustrial -de la mano de nuevas biotecnologías- es visible principalmente en el Cono Sur de América Latina, con Brasil como el primer productor mundial de soya. Este país, junto con Argentina, lidera la propagación de biotecnologías y modelos de producción vinculados con el agronegocio global (Oliveira y Hecht, 2016).

Existen amplios estudios sobre la coexistencia de la agricultura a gran escala que avanza sobre las tierras de pequeños productores dedicados a la agricultura de subsistencia; en estas investigaciones, se evidencia cómo la primera ejerce dominio y los segundos muestran cada vez mayores signos de dependencia y deterioro.

Sin embargo, es preciso resaltar que el caso de la soya presenta particularidades que lo diferencian de otros: tanto los grandes como los pequeños productores cultivan el mismo producto y, además, ambos tienen fines comerciales y de acumulación (McKay y Colque, 2016).

Por lo tanto, es de esperar que las conexiones, las dinámicas y las formas de dependencia muestren características particulares.

Una de las pistas en este sentido es la noción de exclusión productiva, planteada por McKay (2018) en su estudio sobre los sojeros de Santa Cruz. Según el análisis de este autor, los pequeños productores no sufren procesos directos de desposesión o expulsión de sus tierras por parte de las grandes empresas, sino que se benefician del boom sojero, capturan parte de la renta de la tierra, pero van perdiendo en el tiempo su capacidad de controlar este recurso y el proceso productivo. Como consecuencia directa, a los pequeños propietarios de tierras incapaces de hacerlas producir solo les queda como alternativa alquilarlas a los que poseen medios para la producción a cambio de una parte de la renta. Tarde o temprano, como dice Kay:

la semiproletarización es la única opción disponible para aquellos campesinos que desean conservar el acceso a la tierra por razones de seguridad y supervivencia o porque no pueden encontrar un empleo suficientemente seguro en calidad de trabajadores asalariados, sea en el sector rural o urbano, como para arriesgarse a una migración permanente. (2006, p. 472)

Una de las implicaciones de esta forma de coexistencia marcada por una violencia silenciosa es que las estrategias de lucha y sobrevivencia de los pequeños no son independientes de los intereses de los grandes. Las críticas y cuestionamientos al modelo sojero son débiles entre los colonizadores andinos.

La Asociación de Productores de Oleaginosas y Trigo (Anapo) es el gremio que formalmente representa a los pequeños productores, pero juega un papel activo y políticamente abierto a favor de la expansión del modelo productivo, de la introducción de nuevas variedades de semillas transgénicas y de la flexibilización de la ley para la deforestación, chaqueo y quema (Ley 1171, de Uso y Manejo Racional de Quemados, Decreto Supremo 3973 y Decreto Supremo 3874). Los gremios del poder agropecuario -la Cámara Agropecuaria del Oriente (CAO), la Cámara de Industria y Comercio de Santa Cruz (Cainco) y la Confederación Agropecuaria Nacional (Confeagro)- legitiman sus demandas ante el Estado con argumentos como que la mayoría de los sojeros son pequeños productores que necesitan más subvenciones, liberación de impuestos y acceso a créditos blandos (Colque, 2020). En consecuencia, es posible afirmar que la característica bimodal de esta agricultura no implica necesariamente la confrontación de los productores de ambos extremos o la divergencia de sus agendas.

En este contexto, ¿cómo operan las fuerzas de exclusión e inclusión? Esta es una de las preguntas fundamentales de la presente investigación, aunque responderla en profundidad sobrepasa nuestros alcances. La exclusión de los pequeños productores se evidencia más como una tendencia que como un hecho. Los estudios sobre Cuatro Cañadas revelan que los colonos, si bien retienen el control formal, van perdiendo protagonismo en el proceso productivo que se gesta sobre sus propias tierras (Castañón, 2017). Como no poseen el capital suficiente ni maquinaria agrícola ni capacidad para adquirir insumos agrícolas, se arriesgan cada vez menos a endeudarse y pasar de propietarios de tierra a, propiamente, productores activos. La renta periódica que reciben, más o menos de forma estable, por alquilar sus tierras modifica en muchos casos los proyectos de vida de las familias y particularmente de los hijos quienes, empleando dichos ingresos, comienzan a tejer relaciones con las ciudades (McKay, 2018).

La inclusión obvia es que los pequeños productores participan del ingreso económico generado por la soya. Se incorporaron al modelo productivo mediante el control legal de la tenencia de la tierra en una extensión que puede ser considerada mediana o incluso grande en otros contextos. También cuenta la valorización de la tierra en el mercado. En términos de activos productivos, los colonos beneficiarios de los asentamientos realizados unas cuatro décadas atrás tienen una base material que los diferencia de sus parientes y de la clase campesina de sus lugares de origen. **Si bien todos los colonos comenzaron a ser incluidos de forma más o menos uniforme, las diferenciaciones internas en las comunidades y entre comunidades son visibles y forman parte de los cambios e implicaciones sobre todo socioeconómicas. Así, se puede decir que las brechas son desiguales entre iguales.** Aunque se trata de un fenómeno propio de la agricultura bimodal, ha sido poco explorado.



© ILC/Michael Benavav

3

ESTUDIO DE CASO: LA COEXISTENCIA DE PEQUEÑOS Y GRANDES AGRICULTORES SOYEROS EN EL MUNICIPIO DE CUATRO CAÑADAS

Caracterización del municipio de Cuatro Cañadas

El municipio de Cuatro Cañadas está ubicado en el corazón de la zona de expansión sojera, a unos 104 km al este de la ciudad más poblada y de mayor crecimiento económico y demográfico de Bolivia: Santa Cruz. Su formación está marcada por la confluencia de procesos históricos, la migración planificada y espontánea, la apropiación de la tierra, la expansión de la frontera agrícola, y la consolidación del complejo sojero.

En esta zona, los campesinos de las tierras altas, los menonitas y otros comenzaron a establecerse desde finales de los años cincuenta y sesenta. Los campesinos colonizadores llegaron a la región desde Potosí, Chuquisaca, Oruro, Cochabamba, La Paz, entre otros lugares del país. En particular, existe una importante cantidad de migrantes quechuas oriundos de los departamentos de Potosí (30 %) y Chuquisaca (21 %) (Suarez et al., 2010). Inicialmente, la migración respondió a la demanda de mano de obra barata por parte de la agroindustria; posteriormente, se establecieron en comunidades. Los menonitas llegaron como colonizadores pioneros, compraron grandes extensiones de tierra y se establecieron en forma de “colonias” con parcelas familiares menores de 50 ha.

Actualmente, en este municipio hay alrededor de 40 comunidades campesinas e indígenas, algunas de reciente creación. La cantidad de población en cada comunidad es variada: la más pequeña tiene cerca de dos docenas de personas y las más pobladas llegan a más de 900 habitantes. Las 5 colonias menonitas que existen poseen más población que las comunidades campesinas; una de ellas alberga a cerca de 2,500 habitantes (Castañón, 2013).⁴

⁴ Naciones Unidas y Nuevo Palmar, las dos comunidades priorizadas en el trabajo de campo, tienen una población de 223 y 385 respectivamente (Municipio de Cuatro Cañadas, 2007); fueron fundadas en la década de 1980. Al igual que el resto de las comunidades interculturales, su forma de organización social y política es el sindicato agrario, la principal organización comunal de base.

Cuatro Cañadas es un municipio con alto crecimiento poblacional en la actualidad. Según proyecciones del Instituto Nacional de Estadística (INE, 2017) en 2020, habría una población de 28,855 habitantes. En el censo de 2001, se registró a 17,574 habitantes, cifra que aumentó en el censo de 2012 a 22,845. En 2017, ya tenía una población aproximada de 27,100 personas.

Limita al norte con los municipios de San Julián y San Antonio de Lomerío; al este, con el municipio de San Miguel; al oeste, con el municipio de Okinawa; y al sur, con el municipio de Pailón. Un común denominador es que todos estos tipos de propiedad -pequeña, mediana y grande- están vinculados a la agricultura comercial, y los campesinos o pequeños productores dejaron de dedicarse al cultivo de alimentos.

Hoy, Cuatro Cañadas es un territorio sojero por excelencia, y los flujos económicos, demográficos y sociales tienen correlación directa con el sector.

Tenencia desigual de la tierra

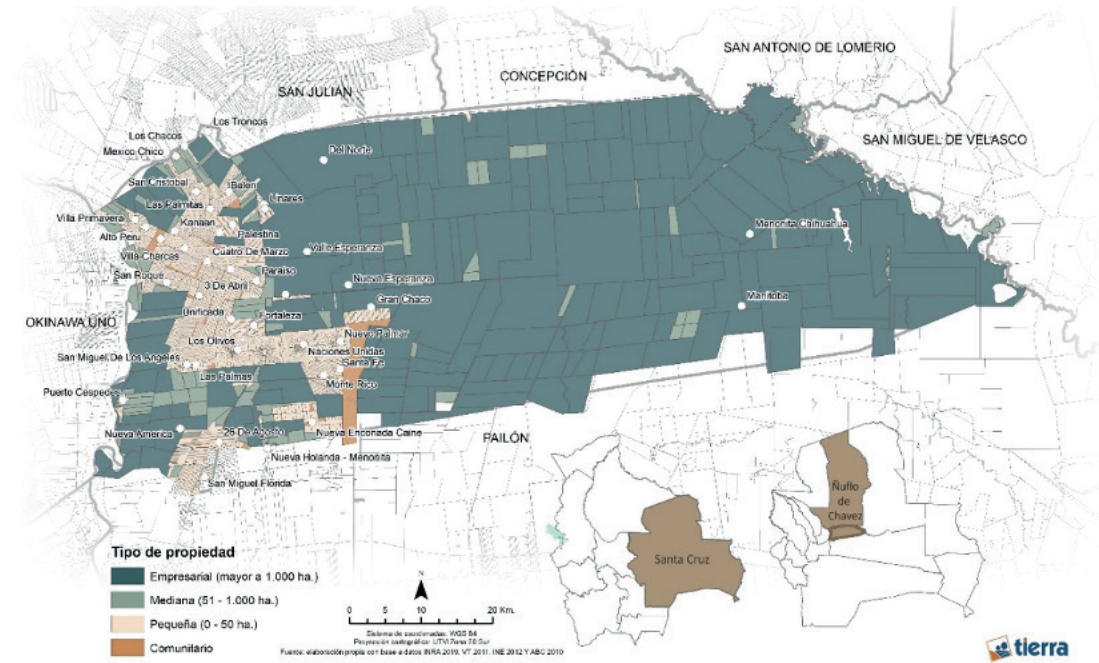
La rápida expansión de las plantaciones de soya ha transformado las relaciones productivas y las trayectorias de desarrollo agrícola.

Los colonos o campesinos cambiaron su “forma campesina” de producción -que se orientaba a los cultivos tradicionales como maíz, yuca, arroz y frijoles, empleaba mano de obra familiar, y estaba destinado principalmente al consumo doméstico- por un modelo de agricultura mecanizada, intensivo en capital y dedicado a la exportación.

Esta transición se produjo sobre una estructura de tenencia de la tierra determinada, en gran medida, por el INC. Los colonos tenían asignadas pequeñas propiedades y estaban asentados en núcleos reducidos. No fue el caso de los medianos y grandes productores, quienes protagonizaron la expansión de la agroindustria sobre tierras en disputa y formalmente de propiedad estatal. Los menonitas agricultores, seguidos por los brasileños, introdujeron capital e inversión extranjera con nuevas maquinarias y tecnologías. A medida que la penetración de capital avanzó en la década de 1990, también surgieron discursos de modernización y progreso en torno al modelo agroindustrial. La Reforma Agraria y la titulación de tierras terminaron de consolidar la apropiación de la tierra estatal por parte de los medianos y grandes productores, y la agricultura campesina a pequeña escala quedó enclaustrada en medio de una región sojera.

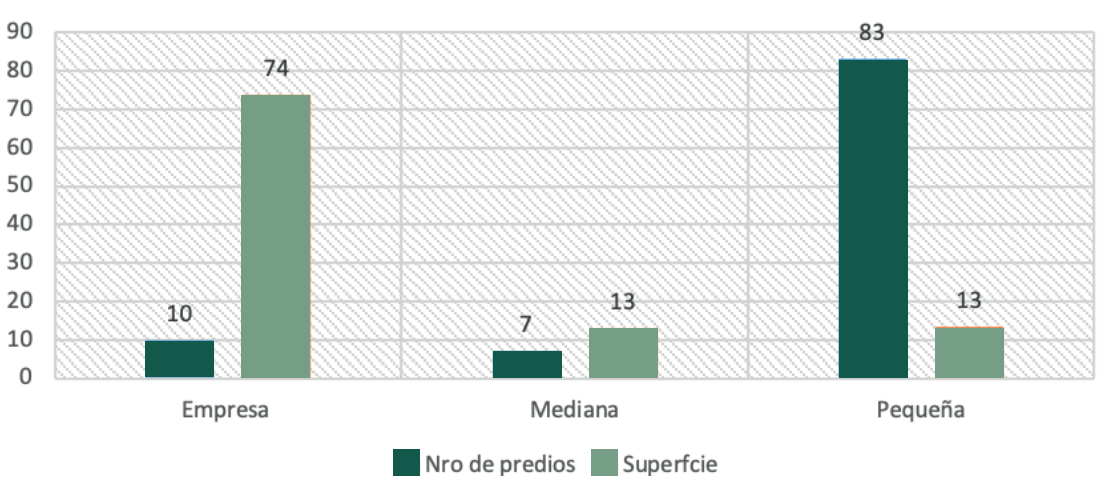
El siguiente mapa muestra esta configuración territorial y la estructura de tenencia de la tierra de Cuatro Cañadas.

Mapa 1. Estructura de la tenencia de tierra en Cuatro Cañadas, 2020



Elaboración: Fernando Alcons (Fundación TIERRA).

Gráfico 1. Estructura de la tenencia de la tierra en Cuatro Cañadas (porcentajes)



Fuente: INRA (2019). Elaboración: Fundación TIERRA.

Cuadro 1. Tenencia de la tierra en Cuatro Cañadas, según tipo de propiedad

	NÚMERO DE PREDIOS	PORCENTAJE	SUPERFICIE	PORCENTAJE	PROMEDIO DE LA SUPERFICIE (HA)
Empresa	177	10 %	287,994 ha	74 %	1,627 ha
Mediana	125	7 %	50,940 ha	13 %	408 ha
Pequeña	1,483	83 %	51,576 ha	13 %	35 ha
Total	1,785	100 %	390,511 ha	100 %	2,069 ha

Fuente: INRA (2019). Elaboración: Fundación TIERRA.

Aunque originalmente los colonos se habían adjudicado 50 ha por familia, los datos indicados en el cuadro 1 muestran, en promedio, una reducción en el tamaño de las propiedades pequeñas. Mientras los pequeños tienen unas 35 ha, la empresa agrícola grande llega, en promedio, a controlar 1,600 ha.

La confluencia de procesos históricos condujo a la consolidación de una estructura desigual en la tenencia de la tierra.

El 83 % está constituido por pequeños propietarios, pero controla tan solo el 13 % de las tierras; los medianos representan el 7 % de productores y tienen acceso a otro 13 %; por su parte, los grandes productores constituyen el 10 %, pero concentran el 74 % de las tierras.

Esta estructura de tenencia está prácticamente consolidada: el proceso de saneamiento y titulación de tierras en el departamento de Santa Cruz ha concluido en un 90 %; solo queda el 10 % para la revisión técnica y jurídica estatal (INRA, 2020).

Muchos elementos estructurales explican esta tendencia, entre ellos, la dependencia de la mecanización, de semillas importadas, de fertilizantes químicos y de créditos. Los campesinos colonizadores y pequeños productores terminan ocupando una posición desfavorable frente a la agricultura a gran escala. Su imposibilidad de acceder al capital y a la tecnología necesarios para participar y competir socavó su capacidad de beneficiarse plenamente de las tierras. El acceso a mercados y a otras relaciones de intercambio también está monopolizado por las multinacionales que controlan los distintos componentes del complejo, desde semillas transgénicas, insumos agroquímicos y maquinaria hasta tierra, silos de almacenamiento y mercados de exportación. La producción agrícola mecanizada eliminó las oportunidades laborales (McKay, 2018).

Dinámicas de integración vertical

Entenderemos por *integración vertical* el control y poder de las grandes empresas transnacionales sobre los diferentes eslabones de la cadena productiva de la soya a la que se integran los pequeños agricultores. Este tipo de integración se produce mediante alianzas estratégicas, o alquileres formales e informales. Este mecanismo permite a la gran empresa industrial participar y monitorear todos los procesos de la dinámica productiva de los pequeños agricultores, desde la provisión de insumos agrícolas, el acopio y el procesamiento hasta la distribución y la comercialización (Gras y Hernández, 2009; Valdemar, 2016). Mediante la integración vertical y, a veces, colaborando con los Seis Grandes, las compañías ABCD⁵ se integraron a las diferentes etapas del proceso productivo, como la venta de insumos, planes de financiamiento y de seguros agrícolas, asistencia técnica, compra, almacenamiento, procesamiento, y transporte y comercio.



5 Los Seis Grandes son Monsanto, Syngenta, Bayer, Dow Chemical, BASF y Dupont. Las llamadas compañías ABCD son ADM, Bunge, Cargill y Louis Dreyfus.

El capital operativo para el proceso productivo proviene de las casas comerciales dedicadas a la venta de insumos agrícolas que operan bajo la figura de préstamos o créditos. El pequeño productor se endeuda de forma cíclica con los proveedores que, en definitiva, pertenecen al gremio de las grandes empresas agrícolas. Cuando llega el momento de la cosecha, los colonos venden la soya a acopiadores, que pueden ser varios, a modo de intermediarios, pero el producto termina en alguno de los silos de las compañías de agronegocio que monopolizan la exportación de granos, entre ellos Cargill, Rico, Granos, Adm Sao, Fino, Gravetal (Castañón, 2017; McKay, 2018).

Mediante la integración vertical, las empresas están reduciendo el rango de acción y elección de los pequeños productores, porque resulta muy difícil para este sector trabajar al margen de este sector que, en ocasiones, opera encubierto por intermediarios. La integración es competitiva, selectiva y reproduce relaciones que podemos denominar de deuda y dependencia.

Esta situación de fragilidad ha sido tema central en los testimonios recogidos de los pequeños productores de esta zona. Debido a que operan con deudas, cuando los ingresos caen -ya sea por malas cosechas o por precios bajos en el mercado-, los pequeños productores campesinos sufren presiones económicas que se intensifican con el tiempo. Cuando las deudas no son pagadas, las casas comerciales o el sistema bancario, según sea el caso, comienzan a acrecentar los montos adeudados bajo argumentos poco claros para las familias. Al acelerarse esta dinámica, los productores se ven en la necesidad de vender parte de sus tierras para salir de la situación insostenible. Así testimonia una de las entrevistadas:

En mi comunidad [Naciones Unidas] cada uno tenía 40 parcelas o 50 hectáreas para sembrar, pero como no tenemos las herramientas, hubiéramos quedado deudores y las empresas no perdonan. Si volvemos a sembrar y el producto no va bien, nos endeudamos más. Algunos se venden su parcela para pagar sus deudas. Ahora, en la comunidad, estamos como 25 a 26 familias; los demás vendieron sus parcelas a las personas que viven en la ciudad y compran terrenos más pequeños, según al alcance de su dinero. Venden hasta dos a tres parcelas a una sola persona; por eso la economía no crece. Pero en este último tiempo ya se alquilan las tierras a los menonitas, porque ellos tienen, o se alquilan todos los recursos para sembrar y cosechar.

Verónica R., productora de soya en la comunidad de Naciones Unidas, 30 de abril de 2020

A partir de esta entrevista y de otras similares, se deduce que las familias campesinas han comenzado a vender una parte de sus tierras a terceros, del mismo grupo social o externos a las comunidades, con la expectativa de mantener el proceso productivo. Sin embargo, esta práctica no les garantiza quedar libres de deuda en el mediano plazo, debido a que el modo de conseguir el capital operativo necesario para la producción se mantiene.

Además, las familias que siguen en la actividad sojera compiten en condiciones de desventaja, porque el margen de utilidad del sector sojero proviene de economías a escala y monocultivos extensos.

Como otros estudios evidencian, los rendimientos por hectárea de soya están por debajo de dos toneladas (Colque, 2020).

Si bien un mecanismo de resistencia campesina es persistir en el proceso productivo a costa de reducir el tamaño de su propiedad agraria, en otros casos y situaciones las familias simplemente abandonan la producción. A pesar de poseer tierras, dejan en manos de otros la explotación de este recurso:

No sembramos. Solamente alquilamos las tierras debido a que no contamos con las herramientas adecuadas ni los químicos necesarios para fumigar. Cuando sembramos y no logramos buenos productos solamente nos endeudamos. Pero cuando alquilamos podemos ganar hasta el 20% de las cosechas. Algunas veces sembramos, pero en pequeñas hectáreas para la alimentación de la familia: camote, tomate y verduras.

Martha G., productora de soya en la comunidad Naciones Unidas, 30 de abril de 2020

En otras palabras, los pequeños propietarios se convierten en rentistas de la tierra. A cambio de no correr el riesgo constante de estar endeudados, renuncian a ser productores activos y optan por retener un margen mucho menor de utilidades. Como se evidencia en la entrevista citada, no existen montos fijos de pago por el alquiler de la tierra, sino que estos se encuentran indexados a la producción, por lo que el inversionista principal no asume riesgos propios de la agricultura. Si los rendimientos son altos, los pequeños propietarios podrán percibir ingresos considerables; por el contrario, si la cosecha es baja, los rentistas tendrán que aceptar un monto menor. Siguen expuestos a los vaivenes del mercado y, de otra manera, siguen siendo vulnerables.

En suma, al perder control sobre el proceso de producción, los pequeños propietarios se tornan más dependientes de los grandes productores.

Agricultura por contrato

La agricultura por contrato es una modalidad bastante conocida en el contexto argentino (Gras, 2011; Gras y Hernández, 2009). En Bolivia, son más bien acuerdos informales -sin regulación- entre los pequeños propietarios de la tierra y los inversores que buscan negocios con el mayor beneficio y el menor riesgo posibles.

Aunque las modalidades pueden variar con el tiempo, la tendencia de los acuerdos es financiar el proceso productivo bajo la figura de “venta adelantada” de la cosecha. En esta clase de acuerdo, el pequeño productor está obligado a sembrar, fumigar y cosechar; y los inversores, a financiar en forma de insumos agrícolas y se reservan el derecho a comprar la cosecha al final del ciclo productivo. Según testimonios de los pequeños productores, esta modalidad de “venta adelantada” existe solo para un grupo reducido, menos del 10 % de ese grupo de agricultores, quienes tienen convenios con las empresas compradoras del grano antes de ser producido. Usualmente, estas otorgan insumos agrícolas a manera de crédito, mientras que los pequeños productores campesinos se comprometen a producir el cultivo oleaginoso en su tierra cumpliendo los estándares de calidad demandados por las empresas.

El problema para los pequeños productores surge cuando las cosechas no son las esperadas, debido a eventos climáticos cíclicos. Las sequías e inundaciones son las principales causas de la inestabilidad. En la práctica, el problema económico surge cuando el costo de producción supera los ingresos obtenidos. Dado que no existen seguros agrícolas para este tipo de situaciones, el productor está obligado a cubrir todos los costos de producción, es decir, las deudas:

Nosotros en el campo estamos tristes; no hay mucha producción. Este año hemos fracasado; hemos sembrado 80 hectáreas, pero hubo sequía y nos hemos endeudado. Cincuenta toneladas apenas hemos recuperado. Tenía que salir dos toneladas por hectárea. Sembramos y con un ingeniero nos hacemos asesorar. Este año no nos asesoraron bien; además, ya no había corazón para fumigar, porque la soya se secó en su mayoría y no cubrió la deuda. Las semillas y venenos cuestan caro y no ha rendido.

Felisa S., productora de soya en la comunidad de Naciones Unidas, 24 de abril de 2020

La informalidad de los contratos coloca a las empresas, desde el inicio, en una posición ventajosa. No solo pueden recuperar la inversión de los insumos agrícolas, sino que eliminan la posibilidad presentar reclamos ante incumplimientos respecto del precio de venta de los granos.

De hecho, es común que las empresas renegocien los precios una vez que los granos se encuentran en los silos; ello supone un incumplimiento de los precios acordados al inicio de la campaña agrícola. Si el productor rechaza las nuevas condiciones, se expone a futuras represalias o bloqueos cuando intente ofrecer la cosecha a otros acopiadores.

Una complicación adicional para los pequeños productores es que el pago por la compra de semillas no ocurre necesariamente en el momento de la venta. Cuanto más tiempo transcurra entre el momento de la venta y del pago, menos liquidez tienen los colonos para mantener el ritmo del proceso productivo.

A la filial Cuatro Cañadas, ahí hemos acopiado, pero no está mi nombre, porque mi soya estaba fea; por eso, a nombre de un conocido hemos acopiado. Estoy esperando que nos paguen para cancelar; mucho dinero cuestan los venenos, alrededor de 15,000 y 16,000 dólares. Deudora voy a quedar por los venenos y la fumigada. Hasta ahora no nos pagan también; ni anticipo nos dan. Antes entregaba a la Asociación de Pequeños Productores Asepan. Este año ya no, porque el precio era 240 dólares y había que esperar mucho tiempo, pero el otro amigo me dijo 260; la diferencia de 100 dólares alcanzará para pagar la deuda: pensé; por eso, lo acopié ahí.

Felisa S., productora de soya en la comunidad de Naciones Unidas, 24 de abril de 2020

Dependencia creciente de insumos externos

Los productores sojeros en general dependen de insumos importados, incluyendo agroquímicos, semillas, maquinaria y know-how. A diferencia de Brasil y Argentina, Bolivia no desarrolló su propio sector de agronegocios y tecnología. La importación de insumos es una rama de la actividad sojera de gran importancia, íntimamente ligada a las casas comerciales, las cuales, históricamente han formado parte del poder agroempresarial (McKay, 2018). Por lo tanto, si bien todos los productores dependen de las importaciones de insumos, unos dependen menos que otros. Los grandes están formal o informalmente aliados con las importadoras, mientras los pequeños están excluidos de ese círculo económico, por lo que, finalmente, asumen costos de producción más altos.

Una evidencia cuantitativa es que los precios aumentan con el tiempo. Uno de los trabajos de McKay (2018) muestra un aumento de los costos de producción de 76 % entre 2002 y 2014. Otros estudios y reportes coinciden en que siguen elevándose con el tiempo y a un ritmo mayor en comparación con el del aumento de los ingresos por la venta de granos. Es un fenómeno económico en el que los márgenes de ganancia disminuyen tanto para los pequeños como para los grandes productores. La agenda de estas empresas se enfoca permanentemente en buscar refinanciamientos de deudas con recursos públicos (Colque, 2020). Esta estrategia reduce la presión financiera sobre aquellos que se benefician con las medidas estatales, pero, al igual que entre los pequeños, es un fenómeno que se repite con los años.

El uso de herbicidas y plaguicidas es cada vez mayor, debido al aumento de la frecuencia de las fumigaciones. Según los entrevistados, cuando se introdujo la soya transgénica en 2005, no se necesitaba repetir las fumigaciones y cosecharon por unos años sin requerir muchos agroquímicos. Esta época duró poco, porque aparecieron más plagas y malezas que no desaparecían de los campos de cultivo (IBCE, 2013 y 2017). Esta situación generalizada condujo a la práctica de fumigar un campo de cultivo entre ocho y hasta 10 veces por temporada. Los datos de IBCE reportan esta situación tanto entre las pequeñas como entre las grandes propiedades.

Cada año aparece una plaga o enfermedades que nos hace marear, porque no podemos controlarla; ni el mismo técnico que nos asesora sabe controlar. Aparecen malezas y cada año sube el costo de la producción; por eso, no podemos establecer un precio. Por ejemplo, en el año 2000, el costo de inversión era hasta 120 dólares la tonelada. Esto me daba opción de ganar hasta 250 dólares por tonelada. Hoy en día se ha disparado la inversión.

Andrés Z., productor de soya en las comunidades de Naciones Unidas y Nuevo Palmar, 6 de mayo de 2020

El testimonio de Andrés Z. ofrece evidencias empíricas de cómo disminuye la efectividad de los pesticidas de un año al siguiente. Los pequeños productores sospechan que están usando productos chinos adulterados: "Esto lo sé porque yo tenía un producto que compré hace dos años. Luego, compré el segundo paquete este año y lo aplico en la misma cantidad. El paquete que compré antes me funcionó y lo que compré este año, no" (Andrés Z., productor de soya en las comunidades de Naciones Unidas y Nuevo Palmar, 6 de mayo de 2020). Esta percepción del productor también puede deberse al hecho de que la efectividad de los tóxicos disminuye con los años, debido a la resistencia de las plagas y malezas.

El problema general con los pesticidas es la aparición de supermalezas cuya eliminación requiere de mayores dosis en la fumigación (Vicente, Vicente y Acevedo, 2020). En términos económicos, esto significa que los costos de producción aumentan por la mayor cantidad de pesticidas que se debe emplear en la misma superficie.

Ante este panorama, los pequeños productores se sumaron a la exigencia del sector agropecuario cruceño para tener la posibilidad de emplear biotecnología; en otras palabras, exigían el uso legal de más variedades de semillas transgénicas, tanto para soya como para otros cultivos comerciales. Los empresarios han estado difundiendo algunas estimaciones de la reducción en la cantidad de agroquímicos necesarios con las nuevas semillas. Las promesas técnicas afirman que, de las 8 a 9 fumigaciones necesarias en la actualidad, el requerimiento se reduciría a la mitad o incluso menos (Los Tiempos, 2020). Esta proyección es llamativa para los pequeños sojeros, porque es una solución concreta a la vista.

Al estar asociados en organizaciones, los productores tienen una capacidad propia para ejercer presión política sobre el Gobierno. Algunas son la Asociación Comunitaria Integral de Productores Agropecuarios de Cuatro Cañadas (Acipac), la Asociación de Pequeños Productores del Oriente (Appao) y la Cámara Agropecuaria de Pequeños Productores del Oriente (Cappo). En el pasado, se sumaron más de una vez a las campañas de los grandes productores para lograr refinanciamientos de deudas con recursos públicos. Uno de los productores recuerda que, durante 2000 y 2003, bloquearon las carreteras para apoyar la demanda de reprogramación de deudas a las entidades financieras.⁶ Según este testimonio, “nosotros como pequeños no logramos nada; solo fuimos utilizados por los grandes empresarios” (Andrés Z., productor de soya en las comunidades de Naciones Unidas y Nuevo Palmar, 06 de mayo de 2020).

Aunque exista un sentimiento de injusticia entre los pequeños productores, al final de cuentas no les resulta nada fácil escapar del círculo de dependencia que se gestó en su relación con las grandes empresas.

En esta dinámica, los que quedan fuera son los pequeños que quiebran; el resto debe aceptar las condiciones existentes, y apoyar las demandas o los proyectos agropecuarios de los grandes. De este modo, pueden obtener algún tipo de beneficio extra, aun sabiendo que la brecha de desigualdad se amplía con el tiempo.

Exclusión e inclusión de la mujer en el sector sojero

Las mujeres rurales de Cuatro Cañadas desempeñan un rol central en la producción agroindustrial de la soya, principalmente en la reproducción social del trabajo: preparación de alimentos y trabajo doméstico, como cuidado y educación de niños, asistencia a ancianos y enfermos, cultivo de huertos familiares, entre otros. Sin embargo, estos aportes son poco valorados, tanto por los mismos agricultores como por las investigaciones y publicaciones sobre el complejo sojero. La contribución económica de las mujeres no está cuantificada ni medida, porque, en general, son actividades socialmente desvaloradas.

Una constatación hecha a partir de la información recogida es que la transición de la agricultura tradicional a la producción mecanizada condujo a la exclusión de las mujeres de los procesos de producción y de toma de decisiones.

⁶ Las organizaciones de productores tienen en común el interés productivo en calidad de pequeños sojeros, pero la interacción de estas con las organizaciones comunitarias cada vez presenta interferencias y tensiones debidas a la desigualdad emergente entre los miembros de una comunidad: no todos son sojeros exitosos. La tensión es evidente en reuniones comunitarias donde participan miembros económicamente empoderados, y miembros endeudados o marginados.

Al mismo tiempo, se ha reemplazado el conocimiento tradicional y familiar de los agricultores y del trabajo familiar intensivo a causa de la introducción de maquinarias y paquetes tecnológicos. Estos cambios conllevan una reorganización del trabajo familiar, en el que las mujeres quedan relegadas:

Todo se sembraba manualmente, pero conforme avanza la tecnología empezamos a usar máquinas. Antes todos íbamos al chaco; desde los hijos podían agarrar una herramienta. Ahora, cuanto más grande es el espacio, más herramientas tecnológicas necesitamos. Por esta razón, solamente el hombre es el que maneja las máquinas y los químicos para fumigar. Nosotros nos dedicamos a criar animales: chanchos, patos... a educar a los hijos.

Verónica R., productora de soya en la comunidad de Naciones Unidas, 30 de abril de 2020

Esta exclusión dio paso a otras formas de explotación -generalmente invisibles- dentro del modelo agroindustrial. Aunque las mujeres fueron relegadas de las actividades centrales de la cadena productiva, su aporte productivo no ha cesado. Preparan alimentos para los trabajadores; al mismo tiempo, cumplen con su tarea de “ayudantes” de actividades que parecen marginales y complementarias, como la supervisión de la maquinaria o la compra de suministros, pero que facilitan el funcionamiento integral del trabajo agrícola. Si a estas responsabilidades sumamos el trabajo doméstico tradicional, estamos frente a la sobrecarga laboral:

Ayudamos en la cocina y atendemos a la familia. Cuando es tiempo de siembra y cosecha, trabajamos fuerte: nos levantamos temprano, 6 a.m.; estamos en la parcela; y la comida ya tiene que estar preparada. Antes tengo que darles el desayuno, llevar almuerzo o dejar cocinado. Salgo de ayudante. A veces, la sembradora se tranca semilla y yo me encargo de ello, o repuesto falla, pero, entre los dos, rápido arreglamos.

Juana D., productora de soya en las comunidades de Nuevo Palmar y Naciones Unidas, 28 de abril de 2020

Las mujeres en Cuatro Cañadas no renunciaron a actividades económicas alternativas como a la crianza de animales menores -chanchos, patos, gallinas- y a la producción en huertas familiares. Estas labores se entienden como una medida para mitigar los riesgos frente a la inestabilidad del modelo sojero. Las mujeres entrevistadas señalan que los ingresos alternativos les permiten satisfacer las necesidades inmediatas y cotidianas de la familia. Los recursos generados por el cultivo de la soya o por el alquiler de la tierra ingresan de modo aplazado, a veces con demora de 3 o 4 meses; peor aún, en temporadas de crisis, no hay ingresos familiares. Los ingresos sojeros generalmente son priorizados para la inversión, el pago de deudas y la compra de insumos, y no para la reproducción básica de la familia. De esta manera, el trabajo femenino subvenciona silenciosamente el modelo sojero en temporadas de crisis.

Las, mujeres en su mayoría, tenemos animalitos para vivir. Lo vendemos y tenemos para subsistir, ya que no nos pagan rápido de la soya. Los chanchos en 5 meses ya podemos vender. Ahora tenemos 28 chanchitos nomas. Criaba hasta 50, pero ahorita no se puede vender seguro por esta cuarentena; siempre vienen a la casa en camiones a comprar.

Julia, P., productora de soya en la comunidad de Naciones Unidas, 24 de abril de 2020

Creo que para la mujer nunca se termina el trabajo, me levanto a las 6:00 y empiezo a limpiar la casa, cuido a los niños, a mis animalitos, lavo, cocino. Además, cuando los niños van a la escuela me levanto más temprano para cocinar.

Martha G., productora de soya en la comunidad de Naciones Unidas, 28 de abril de 2020

En contextos de alta presión -como en el caso analizado-, las mujeres corren mayores riesgos y son las más vulnerables; además, la violencia económica se incrementa contra ellas. En Cuatro Cañadas, este proceso fue frenado por la inclusión de las mujeres en los títulos ejecutoriales de las parcelas. Hoy, su condición de copropietarias de las tierras les permite tener cierto grado de control sobre el uso: sus voces son escuchadas, aunque ellas no son siempre quienes toman las decisiones, pues el machismo persiste dentro de las familias soyeras. La seguridad jurídica para este sector de la población es un avance en este contexto de agricultura comercial y podría dar pie al empoderamiento de las mujeres rurales:

El hombre solo ya no puede vender las tierras. Tiene que preguntar a la mujer. Los dos tenemos que saber si vendemos o hipotecamos, los dos tenemos que tramitar y conversar. Antes el hombre solo iba a los tramites, él solo hacía; no hacían valer a la mujer.

Juana D., productora de soya en las comunidades de Nuevo Palmar y Naciones Unidas, 28 de abril de 2020)

En suma, la “exclusión productiva” que caracteriza al complejo sojero vulnera con mayor fuerza a las mujeres. Son excluidas y, al mismo tiempo, incluidas de manera condicionada y perniciosa. La fuerza de trabajo y el cuerpo de la mujer son componentes primordiales para los pequeños sojeros y para el funcionamiento del modelo agroindustrial sojero. En momentos de crisis, este sistema se sostiene, en parte, gracias a la fuerza de trabajo invisible de la mujer.

4 BALANCE GENERAL E INTERPRETACIONES

Hemos explicado los mecanismos que rigen la relación entre los pequeños productores de Cuatro Cañadas y los grandes sojeros, y hemos analizado las tendencias de agudización, caracterizadas por deudas y dependencias, desigualdad y control, y dinámicas de inclusión y exclusión. Sin embargo, aún no hemos respondido a la pregunta de si esta coexistencia -esta agricultura bimodal- puede llegar a ser más igualitaria y sostenible. En otras palabras, queremos saber si las relaciones de poder, fundamentalmente económicas, tienen un carácter divergente o bajo qué condiciones podrían favorecer de mejor forma a los pequeños productores.

Primero, es necesario establecer que las relaciones de deuda y dependencia parecen ser cíclicas en el mediano plazo. Cuando el precio de soya es alto -como en 2011, por ejemplo- las tensiones disminuyen y la actividad prospera incluso para los pequeños rentistas. El boom de los precios internacionales favorece a todos y los productores vulnerables se pueden recuperar de su penosa situación. Los conflictos y las tensiones aumentan cuando el precio de la soya baja hasta los niveles de costos de producción.

Al estrecharse el margen de ganancia, la competencia es abierta y los grandes hacen uso de su poder económico y político.

Cuando los pequeños productores señalan abusos, se refieren a obstáculos creados, como exigir estándares altos de calidad del producto, a fin de ofrecer precios unitarios más bajos. Por ejemplo, la sospecha de que el pesaje de granos no era real porque las balanzas estarían manipuladas condujo a la instalación de centros gubernamentales de pesaje de los camiones de carga.

En segundo lugar, lo que vimos es que la tendencia apunta hacia una mayor brecha de desigualdad entre los pequeños y los grandes productores. Varias dinámicas que se gestan en el complejo sojero impactan en este resultado. Mientras los medianos y grandes propietarios de tierras expanden su tamaño por medio de la apropiación, la compra de tierras, el acaparamiento del control o la externalización de riesgos agrícolas, el agrocapital transnacional penetra en el mercado mediante el control de semillas, insumos agroquímicos, silos, procesamiento y mercados de exportación. Directa o indirectamente, los inversionistas tienen un alto grado de control y poder sobre el proceso productivo, ya que exigen estándares de calidad específicos que requieren el uso de ciertos insumos y “paquetes tecnológicos”.

Mientras los grandes tienen acceso a los mercados de exportación y, por lo tanto, controlan la entrada a otros países donde la soya boliviana se valoriza, los pequeños quedaron encapsulados en la esfera de la producción primaria, asumiendo los mayores riesgos del negocio, aunque muchos retienen sus derechos de propiedad sobre la tierra.

Tercero, en este caso de agricultura bimodal, se producen procesos tanto de inclusión, como de exclusión de los pequeños productores. Por eso, el antagonismo entre pequeños y grandes está ausente. Los une la soya; por ello, tienen los mismos mercados, los mismos precios, los mismos insumos para la producción, y dependen de la misma política nacional que promueve la agroexportación. Incluso quienes son expulsados del proceso productivo retienen una parte de la renta de la tierra en forma de alquileres cobrados. Quienes pierden la tierra lo hacen intermediados por el mercado al vender a precios más altos en comparación con los años anteriores al auge sojero. Se puede decir que es una inclusión restringida a los beneficios económicos. Por otro lado, la exclusión es un hecho: aunque silenciosa, es cada vez más visible. Este proceso también es selectivo, porque no existen mecanismos de protección de los grupos más vulnerables, ni siquiera mecanismos de tipo comunitario, o políticas públicas para gestión de riesgos y regulación de contratos entre partes con poderes asimétricos. Los campesinos no conocen el seguro agrícola; tampoco cuentan con mecanismos privados o asociativos de seguros. Un rasgo social de este proceso es que los pequeños productores no mantienen su lógica comunitarista, debido a que, en el interior de los grupos, las diferenciaciones socioeconómicas se acrecientan. Por eso, aunque toda una comunidad todavía tenga espacios de participación -como las reuniones periódicas- los intereses difieren, pues conviven familias capitalizadas, y familias empobrecidas o estancadas.

En cuarto lugar, el complejo sojero silenciosamente subordina la fuerza de trabajo de las mujeres rurales a los intereses de acumulación económica. Este trabajo no está cuantificado económicamente ni valorado socialmente; sin embargo, la información cualitativa recogida sugiere que es un factor fundamental para la reproducción del modelo sojero bimodal. Las mujeres están entre la población más vulnerable. Por un lado, han sido relegadas de la toma de decisiones en el proceso productivo; por otro, sus labores no solo se han intensificado, sino que, incluso, se han duplicado: reproducen el trabajo doméstico, tienen un papel de “ayudantes” en el proceso productivo y gestionan actividades alternativas en el ámbito de sus hogares.

En conclusión, la transición a la agricultura mecanizada ni significó ni contribuyó al empoderamiento económico de las mujeres rurales. Todo lo contrario, este modelo sigue reproduciendo el patrón patriarcal de control de las rentas y reforzando la explotación de la fuerza de trabajo femenino para la acumulación de la riqueza.

Sin embargo, a la vez, las mujeres preservan la semilla para conseguir su empoderamiento, y desarrollar una agricultura sostenible y que las incluya. Al mantener e implementar actividades alternativas, conservan las bases de una hipotética transición del modelo de agricultura “bipolar” hacia una que muestre una desigualdad menos exacerbada.

En quinto lugar, durante estos años de coexistencia, los pequeños propietarios no han puesto en práctica formas de resistencia. En Cuatro Cañadas, expresaron su frustración ante los esfuerzos que desplegaron en los años anteriores por organizarse a nivel comunal y supracomunal, siguiendo sus raíces culturales de las tierras altas. Según varios pequeños productores, como dice Betty Rueda, expresidenta de la Organización de Mujeres de Cuatro Cañadas:

uno de los mayores desafíos de la comunidad es la unificación; todos han migrado a estas comunidades desde toda Bolivia y, por lo tanto, tienen diferentes mentalidades, perspectivas y normas. Es difícil organizarse, unificarse en torno a una causa y hacer que las cosas avancen porque la gente no está de acuerdo, no se ven a los ojos, en muchos temas, tienen diferentes ideas, valores, etcétera.

McKay, 2018, pp.146-147

Ahora, la situación parece llegar al límite, porque el modelo sojero estaría sufriendo una crisis sin precedentes de mayor magnitud que en otras épocas. El sector está presionando al Gobierno nacional para obtener más ventajas económicas que ayuden a sobrellevar el modelo productivo.

En este escenario, y en realidad, la posibilidad de mantener la coexistencia o la viabilidad de esta agricultura bimodal parece depender de las políticas y acciones de resistencia de los pequeños productores.

Es un reto más que complejo. Como se dijo, las formas organizadas de resistencia han sido relativamente débiles. Los pequeños rentistas y los pequeños propietarios, en general, están entrampados en posiciones de clase contradictorias que obstaculizan sus acciones colectivas. Dado que muchos mantienen la propiedad formal de sus parcelas de tierra y captan ingresos de alguna forma, no se identifican a sí mismos como perdedores dentro del complejo sojero. Saben que están en posición de desventaja frente a los medianos y grandes sojeros, pero no confrontan abiertamente esta realidad. Reconocen que la situación es cada vez más insostenible y que muchos miembros de sus comunidades dejan la agricultura o ceden el control de sus tierras a los inversionistas. La dependencia de una agricultura comercial y de monocultivos crea más dependencias, las cuales dificultan sus posibilidades de exigir reformas de fondo.

Por ejemplo, existen estudios que revelan que, a pesar de ser trabajadores del campo, la seguridad alimentaria de sus familias depende de productos adquiridos en el mercado, incluso de aquellos que podrían cultivar en sus parcelas. La predominancia de la actividad sojera es incompatible con formas diversificadas de agricultura o formas de vida campesina con mayor grado de autoabastecimiento alimentario (Castañón, 2012).

La imposibilidad de que coexistan estos dos tipos de agricultura tiene explicaciones técnicas, como la dificultad de mantener cultivos convencionales en medio de tierras fumigadas con glifosato; sin embargo, también existen razones económicas: trae mayores beneficios dedicar la fuerza laboral a cultivar soya que alimentos. En consecuencia, renunciar a los ingresos por soya significaría dimitir de la seguridad alimentaria basada en ingresos. El hecho de que las mujeres no perciban beneficios económicos para ellas y para el hogar evidencia que la vulnerabilidad persiste cuando se trata de alimentación familiar, educación de los hijos, salud o mejora en los servicios básicos de los hogares.

En suma, podemos concluir que esta agricultura bimodal será viable cuando cambien las condiciones locales y estructurales a favor de los pequeños productores. La resistencia es una forma; la otra son las medidas gubernamentales para proteger a los grupos vulnerables dentro del complejo sojero. Este último camino implica políticas públicas diferenciadas, inexistentes en este momento: la agenda de los pequeños productores es la de los grandes.

CONCLUSIONES

En este trabajo, hemos explorado los alcances de la agricultura bimodal que caracteriza al sector sojero de Bolivia. A diferencia de otros países sojeros, como Brasil o Argentina, la situación boliviana presenta grandes y pequeños sojeros; tal contexto se originó en los asentamientos de colonos campesinos en la zona sojera en las décadas de 1960 y 1970, antes del boom de este commodity agrícola. Estos asentamientos campesinos fueron transformados rápidamente: cambió el uso de suelo y se generó la transición de la agricultura campesina diversificada a monocultivos de soya. No es una historia larga; se consolidó recién en 2000, pero las dinámicas y los cambios suceden de forma acelerada.

Las preguntas de trabajo planteadas fueron ¿cuáles son los alcances y la naturaleza del surgimiento de una estructura agrícola bimodal?, ¿cuáles son los mecanismos de participación, inclusión y exclusión? y, por último, ¿es posible la convivencia de estas dos formas de agricultura bajo condiciones más igualitarias?

Al tomar como estudio de caso a los productores de Cuatro Cañadas, hemos centrado nuestra atención en las dinámicas provocadas por el modelo sojero entre los pequeños productores. Aquello que surgió como una agricultura prometedora a finales de los ochenta y principios de los noventa, está casi estancado por los bajos niveles de productividad y los altos costos de producción. Al ser un modelo altamente dependiente del mercado internacional -tanto por los insumos agrícolas como por la venta de la producción-, la disponibilidad de capital operativo, tecnología y conocimientos sobre agricultura globalizada es decisiva. Los campesinos pasaron muy rápidamente de un modo de vida pobremente conectado al mercado a una cotidianidad dependiente de los mercados globales, del mercado nacional, del sistema financiero y de los vaivenes de la producción mundial de soya.

Este estudio proporciona información para el análisis de la agricultura bimodal, dado que presenta un caso en el que pequeños y grandes -con poderes muy desiguales- producen lo mismo; por lo tanto, dependen de las mismas variables económicas y productivas. El presente caso también puede contribuir a ampliar nuestra comprensión sobre los mecanismos de exclusión que acontecen al mismo tiempo que prácticas de inclusión. Este hecho ocurre en el terreno y los testimonios recogidos narran ambas situaciones. Por otro lado, nos hemos preguntado sobre la viabilidad o el futuro de este modelo de agricultura. Al respecto, debemos reconocer que no se ha abordado el tema de los impactos ambientales del modelo, lo que constituye una limitación del presente trabajo; sin embargo, como se afirma en el apartado anterior, las formas de articulación y organización de la resistencia campesina, y las políticas de protección de los pequeños productores vulnerables son más que necesarias para el mantenimiento del modelo. Es cierto que resulta insuficiente la acción colectiva ante el poder del agronegocio, pero aun así sigue siendo un mecanismo legítimo que, al menos, podría ralentizar el proceso. Los pequeños productores sojeros no tienen un historial enraizado de lucha campesina en esta región, pero provienen de comunidades andinas históricamente portadoras de formas de resistencia ante la presencia opresora de poderes latifundistas. Del mismo modo, las políticas estatales específicas y diferenciadas pueden contribuir a proteger a quienes se encuentran en una posición desfavorable dentro de la cadena alimenticia sojera.

REFERENCIAS

Asociación de Productores del Oleaginosas y trigo (Anapo). (2015). Memoria anual 2015. Santa Cruz: Anapo.

Bernstein, H. (2017). Political economy of agrarian change: some key concepts and questions. London: University of London.

Borras, et al. (2012). Land Grabbing in Latin America and the Caribbean. Journal of Peasant Studies, 39 (3-4), 845-872.

Castañón, E. (2017). Empresas transnacionales en el agronegocio sojero. La Paz: Fundación TIERRA.

Castañón, E. (2012). Comunidades campesinas en territorio agroindustrial. Diferenciación social y seguridad alimentaria en el municipio de Cuatro Cañadas. La Paz: Fundación TIERRA.

Colque, G. (2020). Detrás de la expansión de la frontera agrícola: sostenibilidad económica, social y ambiental del agro-modelo cruceño. En T. Friedrich, E. Osinaga, G. Colque, M. A. Crespo, N. Ascarrunz y J. Bonilla. Memoria. Situación, perspectivas y desafíos económicos y socioambientales de la agroindustria en Bolivia. Serie Bolivia Debate: un futuro sustentable, 2. La Paz: Instituto Socioambiental (ISA) Bolivia; Universidad Católica Boliviana San Pablo (UCB); Fundación Jubileo; Plataforma Digital La Pública; y Organización de Naciones Unidas en Bolivia. Disponible en: https://ftierra.org/index.php?option=com_mtree&task=att_download&link_id=200&cf_id=52

Colque, G. (2014). Expansión de la frontera agrícola: Luchas por el control y apropiación de la tierra en el oriente boliviano. La Paz: Fundación TIERRA.

Dancer, H. y Tsikata, D. (2015). Researching land and commercial agriculture in sub-Saharan Africa with a gender perspective: concepts, issues and methods. Future Agricultures Consortium, Working Paper, 132.

Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO). (2015). The state of rural poverty. Rome: FAO.

Gras, C. (2011). Agronegocios y empresarios. Un estudio sobre la reconfiguración de perfiles socioeconómicos y la construcción política del campo en Argentina. En K. Bodemer (comp.). Cultura, sociedad y política en América Latina. Aportes para un debate interdisciplinario. Madrid/Frankfurt: Editorial Iberoamericana/Vervuert.

Gras, C. y Hernández, V. (2009). La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios. Buenos Aires: Biblos.

Guereña, A. y Wegerif, M. (2019). Land Inequality Framing Document. Italy: International Land Coalition.

Hernaiz, I. y Pacheco, D. (2001). La Ley INRA en el espejo de la historia. Propuestas de modificación. La Paz: Fundación TIERRA.

Instituto Boliviano de Comercio Exterior (IBCE). (2017). “Se triplica uso de agroquímicos en cultivos”. IBCE. Disponible en <https://ibce.org.bo/principales-noticias-bolivia/noticias-nacionales-detalle.php?id=75968&idPeriodico=5&fecha=2017-04-24>

Instituto Boliviano de Comercio Exterior (IBCE). (2013). Soya: desarrollo tecnológico garantiza la producción de alimentos. Comercio Exterior. Un mundo de Oportunidades, 271(22). Disponible en: <https://ibce.org.bo/images/publicaciones/ce-217-Soya-desarrollo-tecnologico-garantiza-produccion-alimentos.pdf>

Instituto Nacional de Estadística (INE). (2017). Municipio Cuatro Cañadas tiene más de 27 mil habitantes. Enlace. Portal de Comunicación Estatal del Ministerio de Comunicación. Disponible en: <http://enlace.comunicacion.gob.bo/index.php/2017/08/01/municipio-cuatro-canadas-tiene-mas-de-27-mil-habitantes/>

Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA). (2020). Audiencia de Rendición Pública de Cuentas, 29 de junio de 2020.

Kay, C. (2006). Rural poverty and development strategies in Latin America. Journal of Agrarian Change, 6(4), pp. 455-508.

Los Tiempos. (2020). Transgénicos: ¿problema o solución? ¿Qué implica el nuevo decreto para abreviar las pruebas con transgénicos en Bolivia? [video]. Disponible en: <https://www.facebook.com/lostiempos/videos/560763827962490>

McKay, B. (2018). Extractivismo agrario. Dinámicas de poder, acumulación y exclusión en Bolivia. La Paz: Fundación TIERRA.

McKay, B. y Colque, G. (2016). Bolivia's soy complex: the development of 'productive exclusion'. Journal of Peasant Studies, 43(2), pp. 583-610.

Medeiros, G. (2008). Evolución y características del sector sojero en Bolivia. En X. Soruco (coordinadora). Los barones del oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy. Santa Cruz: Fundación TIERRA, pp. 173-283.

Municipio de Cuatro Cañadas. (2007). Plan de Desarrollo Municipal (PDM) (2007-2011). Cuatro Cañadas: Gobierno Autónomo Municipal de Cuatro Cañadas.

Oliveira, G. de L.T. y Hecht, S. (2016). Sacred groves, sacrifice zones and soy production: globalization, intensification and neo-nature in South America. The Journal of Peasant Studies, 43(2), 251-85.

Oxfam. (2018). El fenómeno de la captura: desenmascarando el poder. Disponible en: https://www.oxfamintermon.org/es/publicacion/El_fenomeno_de_la_captura_desenmascarando_el_poder

Romero, C. (2003). La Reforma Agraria en las tierras bajas de Bolivia. En J. D. Vargas Vega (coordinador). Proceso agrario en Bolivia y América Latina. La Paz: CIDES-UMSA, Plural Editores, pp. 83-125.

Suárez, R. V., Camburn, M. y Crespo, S. (2010). El pequeño productor en el clúster de la soya. Caso cruceño. Santa Cruz: Probioma.

Urioste, M. (2011). Concentración y extranjerización de la tierra en Bolivia. La Paz: Fundación TIERRA.

Urioste, M., y Pacheco, D. (2001). Las tierras bajas de Bolivia a fines del siglo XX. La Paz: PIEB.

Vicente, L., Vicente, C. y Acevedo C. (coordinadores). (2020). Atlas del agronegocio transgénico en el Cono Sur: monocultivos, resistencias y propuestas de los pueblos. Buenos Aires: Acción por la Biodiversidad.

Wegerif, M. and Anseeuw, W. (2020). Unearthing the less visible trends in land inequality. Rome: ILC, Land Inequality Initiative.

NOTAS

NOTAS

DOCUMENTOS EN ESTE ÁMBITO

Serie editada conjuntamente por ILC y Oxfam

INFORME DE SÍNTESIS

- **Uneven ground: land inequality at the heart of unequal societies**
Anseeuw, W. and Baldinelli, G.M.

ESTUDIOS DE CASO

- **¿Puede la concentración de la tierra ser fuente de desarrollo?**
Un análisis de las condiciones y bienestar de trabajadores agroindustriales de la provincia de Virú
Araujo Raurau, A.L.
- **Assessing and measuring the gender gap in land rights under Communal Land Associations in Karamoja**
Lakidi Achan, P.
- **Desigualdades en el acceso a la tierra y la inserción laboral de los nicaragüenses en la agricultura de Costa Rica**
Baumeister E.
- **Global financial funds, land grabs and the reproduction of inequalities: a contribution from Brazil**
Kato, K., Furtado, F., Junior, O.A. and Siviero, J.
- **How the Talaandigs regained their ancestral lands in the Kalatungan Mountain Range**
Ravanera, R., Verdijo, T.C., and Gualberto, X.M.E.
- **La agricultura bimodal en el sector sojero: desentrañando la coexistencia entre pequeños y grandes productores en el oriente de Bolivia**
Colque, G. and Mamani, M.I.
- **La tierra entre la palma y las flores. Desigualdades y recomposiciones con marcas generacionales y de género en el municipio de María La Baja en Los Montes de María y La Unión, en el Oriente Antioqueño, Colombia**
Espinosa Rincón, N. and Jaramillo Gómez, O.E.

DOCUMENTOS CONCEPTUALES

- **Gobernanza de la tierra colectiva y su contribución a la reducción de las desigualdades**
Bautista Durán, R. and Bazoberry Chali, O.
- **Assessing and measuring the gender gap**
Scalise, E.
- **Unearthing the less visible trends in land inequality**
Wegerif, M. and Anseeuw, W.



DOCUMENTOS DE DATOS

- **Global land inequality**
Bauluz, L., Govind, Y., and Novokmet, F.
- **Methodological considerations on land inequality**
Vargas, D. and Luiselli, C.

DOCUMENTOS DE SOLUCIONES

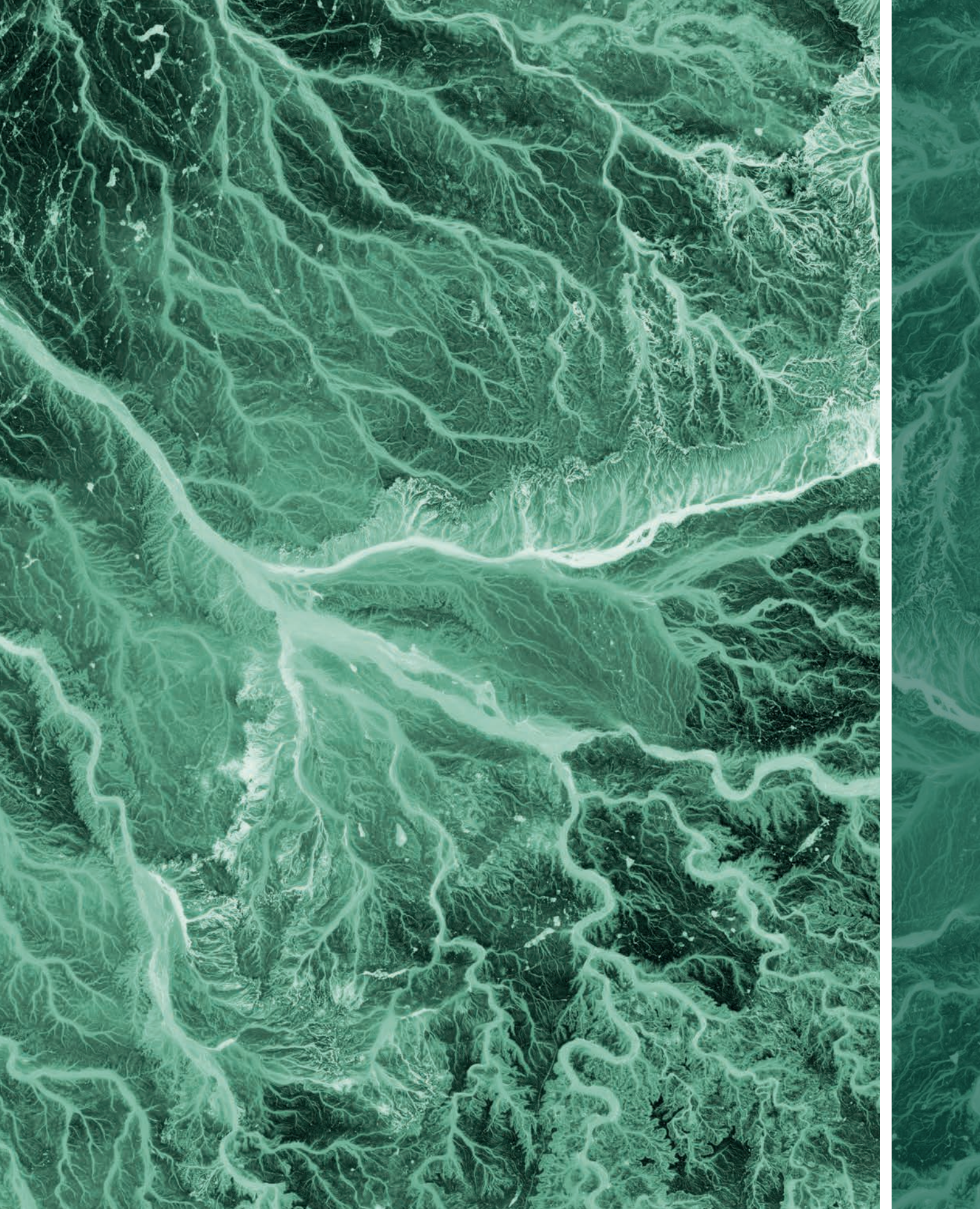
- **Acceso a la tierra en el Ecuador desde sus más recientes políticas públicas.**
Montesdoeca Chulde, D. and Ramos Bayas, M.
- **Beyond accumulation, new approaches to agricultural development in a context of natural resources pressure and climate change**
Oberlack, C., Zambrino, L.A., Truong, Q.C; Dang, B.T, Vu, X.V., Blare, T.
- **Comment rendre les investisseurs et les compagnies plus respectueuses de l'environnement et des droits de l'homme ? Etude de cas du Cameroun**
Nguiffo, S.
- **Les régulations des marchés fonciers et de l'usage de la terre: des outils pour réduire les inégalités**
Merlet, M.
- **Una oportunidad real: impuestos a la tierra**
Itriago, D.

La iniciativa sobre la desigualdad de la tierra

está dirigida por un grupo de referencia informal, compuesto por expertos en el ámbito de la tierra y las desigualdades más amplias.

Los miembros del grupo de referencia proporcionaron orientación y conocimientos especializados a lo largo del proceso e incluyen las siguientes organizaciones:





**INTERNATIONAL
LAND COALITION
SECRETARIAT**

c/o FIDA

Via Paolo di Dono, 44,
00142-Roma, Italia

tel +39 06 5459 2445
fax +39 06 5459 3445

info@landcoalition.org
www.landcoalition.org